Puro
Anabitarte

Puro Anabitarte

HÉCTOR ANABITARTE

Luzia

Todos los artículos recogidos en este libro han sido publicados entre 2020 y 2025 en la desaparecida edición impresa del semanario Más, así como en su edición digital, www.nuevomas.com.

Puro Anabitarte

Fue en 2016 cuando le propuse a Héctor escribir su historia en un libro, pero este argentino tan vasco, tan humilde siempre, tan poco dado a los excesos de la popularidad, me respondió tajante: «No, mi vida no le interesa a nadie». En todo caso, a los pocos días me remitió unos textos biográficos que había empezado a escribir y que se centraban en la figura de su madre, Lolita Rivas. Anglófila, antiperonista, un tanto supersticiosa y madre de tres varones —Óscar, Héctor (el mediano) y Jorge— declaró a sus amigas cuando enviudó de Sebastián Anabitarte: «Ahora soy una mujer libre». Vivió hasta los 95 y pasó también por Aranjuez, donde ensalzó el Jardín del Príncipe y las fresas y los espárragos que le sirvieron en El Rana Verde, donde ocupó una de las sillas en las que Perón había aposentado el trasero, tal y como le hizo creer Ricardo Lorenzo, que es, al fin y al cabo, la otra mitad de Héctor Anabitarte.

En aquel texto que me hizo llegar por correo electrónico, Héctor relataba de alguna manera la angustia que padeció su madre a causa de sus ideas. Lolita comentó alguna vez que estaba harta de las madres de la plaza de Mayo, aunque nunca borró de su memoria las dos veces que la policía fue a su casa para detener a Héctor (lo detuvieron alguna más). En

una de aquellas veces, Héctor se estaba duchando y recibió indicaciones de su padre para saltar por la ventana, «pequeña y enrejada», bromea el propio Héctor, recordando a su vez que «la ausencia de uniformes [en aquellos policías que le esperaban en el salón de su casa, tomando un café] eran una mala señal». Uno de ellos se olvidó la metralleta debajo de la mesa. Fue Sebastián, su padre, quien tuvo que salir al jardín para devolver el arma.

Sebastián Anabitarte era severo con sus hijos en lo tocante a los modales y trabajaba, con traje y corbata, en las oficinas del Correo, donde años después empezó a trabajar también Héctor, quien aprendió de su padre a jugar al ajedrez y cuyos orígenes buscó en el caserío Anabitarte, que Ricardo ubica en Rentería, durante sus años en *La Voz de Euskadi*.

Antes de llegar a San Sebastián para trabajar como periodista, Héctor tuvo que hacer un largo viaje desde Argentina. Lo hizo el 16 de enero de 1977, unos diez meses después del golpe militar, cuando tomó un barco de nombre Marconi en el puerto de Buenos Aires junto con Ricardo, al que había conocido pocos meses atrás, en septiembre de 1976. Fue en el cumpleaños de Sara Torres, una vieja novia de Ricardo que invitó a ambos a la fiesta con el ánimo de que se conocieran. Jamás una alcahueta fue tan eficaz en su empeño, porque el convite se celebró un sábado a la noche y el lunes ya estaban viviendo juntos en el conventillo que Héctor habitaba en Buenos Aires de forma casi clandestina. Ni siquiera sus padres sabían dónde encontrarlo, tal y como recuerda Ricardo en uno de sus libros inéditos: *Vagabundo sin visa*.

Aquel 16 de enero de 1977 era un día caluroso y húmedo y los militares se encargaban de separar a los pasajeros del barco de las familias que acudían a la despedida. No fue el caso de Héctor, que no avisó a nadie hasta hacer escala en Montevideo, desde donde envió una postal a sus padres para decirles que ya les escribiría desde España.

«Yo, Héctor Anabitarte, ex comunista del sindicato de Correos, activista del Frente de Liberación Homosexual, enamorado del mundo y de Ricardo, dejo Buenos Aires porque me expulsa, porque está marchita (…) Buenos Aires, me voy antes de que me marchites». El texto es parte de un monólogo incluido en la obra de teatro *Flores sobre el orín*, de Alejandro Modarelli, estrenada en 2014 en la capital de Argentina.

Cuando el barco ya estaba cruzando el océano y los polizones habían empezado a subir a cubierta desde nadie sabía dónde, llegó al Marconi la noticia de la matanza de los abogados laboralistas de la calle de Atocha, en Madrid. Héctor se relajó jugando al ajedrez con un oficial sobre las baldosas blancas y negras del suelo. Qué diferencia de la Portugal que encontraron en su escala en Lisboa (antes habían atracado también en Río de Janeiro), donde les recibió una gran pintada alusiva a la Revolución de los Claveles en la plaza del Comercio.

Cuando llegaron a Barcelona, el 1 de febrero de 1977, Ricardo tenía 26 años; Héctor, 37. De no haber emprendido viaje, hubiera tenido todas las papeletas para desaparecer, como lo habían hecho los hijos de su amiga Adelaida Gigli y del artista David Viñas. A

Héctor lo buscaban por su condición de sindicalista y de activista homosexual, así como de periodista de la agencia DAN, ligada al Partido Comunista. Además, estaba amenazado por el terrorismo de ultraderecha de la Triple A. Y es que su vida en Argentina —como lo ha sido después en España— fue la vida de un activista dedicado a las causas más nobles.

En 1955 entra a trabajar en el Correo Central y solo un año después participa en su primera manifestación, contra la invasión soviética de Hungría. En 1957 lo eligen delegado sindical de la Federación de Obreros y Empleados de Correos (FOECYT) y es un activista de los vetados en este sindicato el que le invita a unirse a la Juventud Comunista. Accede y pronto empieza a ser una mosca molesta en el seno de la organización, poniendo en solfa la línea oficial. Lo hace hasta que alguien le dice que «el partido siempre tiene la razón». En todo caso, Héctor Anabitarte siempre ha sido poco amigo de dogmatismos y de vasallajes. Su militancia actual en el PSOE es la de quien defiende unas ideas y unos principios, por encima de cualquier tipo de liderazgo, y no tiene problema en señalar aquello en lo que los dirigentes yerran. Faltaría más.

Sus primeras detenciones llegan en 1962, durante la huelga general en el Correo, que provoca su despido y el de otros 1.800 empleados, tal y como recogen en la introducción del libro de Anabitarte, '*Nadie olvida nada*', (Ediciones Impublicables, 2005), Silvia López y Rodolfo González, tras una charla con el autor. Es entonces cuando comienza a trabajar para la agencia pro-soviética DAN y donde empieza

a acumular detenciones por su participación activa en las manifestaciones de apoyo a Cuba o a Vietnam. Fue capturado por primera vez acusado de matar a un policía durante una de las protestas, pero pronto quedó en libertad.

Y es en aquellos años cuando Héctor Anabitarte plantea el debate sobre la homosexualidad en el seno de la organización política en la que militaba: la Juventud Comunista. Aquello derivó en una delación que dio con él en una habitación del manicomio más poblado de Argentina, donde «le aplican unos veinte electrochoques», apuntan López y González en '*Nadie olvida nada*', donde Anabitarte recuerda con crudeza «la cola al atardecer para tomar las pastillas, los corredores fríos e interminables, los cuadros tenebrosos, los alaridos, las pintadas por talentosos esquizofrénicos, el olor a comida rancia y el olor a orín».

Pese a no trabajar en el Correo, en 1967 sigue siendo delegado sindical junto a otro grupo de trabajadores que también son homosexuales. De ahí surge el colectivo 'Nuestro Mundo', que en 1971 entra a formar parte del Frente de Liberación Homosexual (FLH), que en 1973 edita 5.000 ejemplares de su primer periódico, *Homosexuales*. Tal y como recordó el propio Anabitarte en una charla celebrada en Buenos Aires en mayo de 2006, lo del FLH «iba más allá de bailar un boliche libremente». «Luchábamos contra la persecución del Estado hacia los homosexuales, contra edictos policiales; éramos detenidos por parecer homosexuales», comentó en aquel coloquio, del que dio cuenta la Agencia de Noticias de Redacción y en el que compartió mesa con Sergio Pérez Álvarez,

Sara Torres o Alejandro Modarelli. Dos años antes, con motivo del 20º aniversario del Frente, Héctor Anabitarte pudo dirigirse al público que lo escuchaba en la simbólica plaza de Mayo de Buenos Aires.

En 1974, bajo la presidencia de Héctor José Cámpora, lo readmiten en el Correo, aunque su nombre ya aparece en algunas listas negras, que lo tachan de subversivo. Por aquel tiempo, la Triple A de López Rega actúa ya abiertamente por todo el país. El golpe de Estado de Videla, en 1976, lleva a la disolución del FLH y, tras serle negado el pasaporte en varias ocasiones, logra salir hacia España junto a Ricardo Lorenzo.

De Barcelona viaja a Madrid, donde viven en pensiones o comparten piso con otros exiliados como ellos. En la capital comienza a escribir biografías y a hacer traducciones como la de '*El libro rojo del anarquismo*' (1977), gracias a la mediación de Beba Eguía. En una edición por el 50º aniversario de la revista *Ozono* (1975-1979), en la que también colaboró, cuenta como él y Ricardo escribían sus textos en una vieja Olivetti colocada sobre una manta, para amortiguar el ruido de las teclas y no despertar a los vecinos. También escribe para *Tiempo de Historia* y trabaja para Amnistía Internacional. En esos primeros meses en España, ACNUR le concede el refugio político y recibe ayuda de Cruz Roja. Su primer contacto con la política viene de la mano de las Juventudes Socialistas y de un grupo gay integrado en las mismas.

En 1978 regresa a Barcelona, donde publica '*Estrechamente vigilados por la locura*', reeditado en 2022 por De Parado. Este es un libro tan extraño como fascinante, con pasajes que evidencian una

sensibilidad infinita («¿Qué tienes que hacer hoy? El amor, siempre el amor») como de personajes con historias vitales muy divertidas, otras no tanto. Otras son tan duras que atraviesan la garganta cuando se leen. «Caídas en calabozos, mal de amores, conciencia política, miedo y exilios. Ése es el krill que alimenta la escritura de Anabitarte», comenta Modarelli en el prólogo de la última edición del libro.

En esas fechas también empieza a trabajar en la sección de Internacional del *Diario de Barcelona*. De su paso por allí y por *La Voz de Euskadi* guardaba buenos recuerdos Mari Ángeles Arregui, quien destaca en un texto que a Ricardo le llega desde Lima y que iba dirigido a Pepe Gutiérrez, director del *Diario de Barcelona*, como Héctor no tuvo nunca necesidad de salir del armario. «Siempre había estado fuera de él», dice en este texto que me hace llegar Ricardo, colaborador necesario de esta recopilación de artículos. Dice Arregui que Anabitarte «era nuestro redactor más cosmopolita y eso se notaba en que estaba de vuelta de todo. Conocía la derrota, sabía del miedo, venía y tenía otros horizontes». A su juicio, el liderazgo de Anabitarte «se fundamentaba en su sabiduría y su experiencia, en su brillante capacidad de contar cuentos, en aquellas historias exóticas que iba desgranando y que nos sonaban a los mares del Sur, en su fina ironía, en la bondad intrínseca que rezumaba toda su persona». No cabe mejor resumen: conoce la derrota, es pura bondad y es guapo, muy guapo, con cierto aire a Vittorio Gassman: «Tenía unos brillantes ojos azules, siempre sonrientes, aspecto y gestos completamente masculinos, y unas cejas muy espesas y marcadas».

También en Barcelona se gana la vida escribiendo bajo pseudónimo novelitas eróticas, de esas que se vendían a diez duros en los kioscos de prensa.

En 1982 Anabitarte —acompañado siempre de Ricardo— se muda a San Sebastián, a trabajar en *La Voz de Euskadi*. Son los años de plomo. En 1982, el PSOE de Felipe González gana las elecciones generales. Aquello parece consumar el proceso de transición de la dictadura a la democracia, pero ETA sigue empeñada en destruir la frágil convivencia que empieza a instaurarse en España. Y de San Sebastián, de nuevo a Madrid, para trabajar en *Liberación* y para fundar el Comité Anti-Sida de Madrid, que tiene su primera sede en uno de los viejos cafés de la capital, el Comercial. Para ello, cuenta con el apoyo de las Juventudes Socialistas y de la diputada del PSC Dolors Renau (1936-2019). En 1985 jura la Constitución y recibe la nacionalidad española y en 1986 se afilia al PSOE. Aún conserva el carné y conserva también cierta pátina de autoridad entre sus compañeros y compañeras de agrupación, la de Aranjuez. Antes habrá estado también en la de Valdemoro. Su batalla contra los estigmas del sida le lleva en 1990 a ser uno de los participantes más activos de la IV Conferencia Internacional para Personas con sida, donde conoce al ministro de Sanidad, Julián García Vargas, que demostró un enorme interés y apoyo por esta causa. Anabitarte fue también secretario general de la Fundación Anti-Sida España.

Cuenta Ricardo Lorenzo, café de por medio, que antes de recalar en Aranjuez hacen el recorrido del Cercanías, habitando durante un tiempo en

Valdemoro y en Ciempozuelos, donde llegan a regentar un bar con una enorme zanja en la puerta.

En 2002, Héctor Anabitarte y Ricardo Lorenzo llegan a Aranjuez y se instalan en un piso modesto del Nuevo Aranjuez. Aquí Héctor mantiene su activismo a través de varias iniciativas solidarias: el banco de alimentos de Cruz Roja o la asociación de inmigrantes Hombro con Hombro. Estas eran más institucionales, pero era habitual en un tiempo recibir un correo de Héctor buscando una bicicleta o un carrito para el niño de una familia magrebí o un piso de alquiler para alguien recién llegado. Su propia preocupación por la situación personal de las cajeras y de los reponedores del súper de su barrio habla a las claras de la bonhomía de un hombre que siempre ha estado más pendiente de los demás que de sí mismo. Tampoco deja el activismo político: en estos años, Héctor Anabitarte ha sido uno de los miembros más activos y comprometidos con la Plataforma en Defensa de la Sanidad Pública de Aranjuez.

En 2004 ya forma parte de la Comisión Ejecutiva Local del PSOE y es candidato a concejal en las elecciones de 2007, 2011 y 2015. Si algo destaca de Héctor es su militancia, no solo en el Partido Socialista o en la UGT, donde llega a coordinar al grupo de personas mayores, sino en todas aquellas causas que ha considerado justas. Él mismo lo relata en una entrevista que publica *Página/12*, donde asegura entre risas que la militancia «es una adicción». Es un «vicio, como un cocainómano, no puedo dejar la militancia», concluye.

Pero no es hasta 2006 cuando nos conocemos, de la mano de Víctor Claudín, un viejo amigo de los dos, de Ricardo y de Héctor. Claudín iba a montar en Aranjuez una edición del semanario *Información al Día*, que ya funcionaba con cierta solvencia en otros municipios del sur de Madrid. Ahí empecé a conocerlos a fondo y a valorar la calidad humana de ambos. En las páginas del semanario, que se repartía cada martes en los buzones de las casas, Ricardo se centraba en las páginas de Cultura, haciendo gala de su vasta cultura y de una frivolidad a prueba de muermos. Héctor escribía artículos más densos y seguía prestándole mucha atención al asunto del sida, que la gran mayoría social daba por superado. En el primer mundo, claro. En la edición aniversario de la ya mencionada revista *Ozono*, advierte de que los derechos humanos y la homosexualidad eran los temas más recurrentes de sus artículos: «Leerlos [los artículos que publicó en la revista, recuperados por Víctor Claudín], después de más de cuatro décadas permite valorar todos los cambios favorables que, a pesar de todo, se han producido en ambas cuestiones».

Héctor es puro humanismo y eso se dejaba ver en aquellos textos de *Ozono* o de *Información al Día* y también en los que conforman este volumen, que recoge lo mejor de sus últimos cinco años en el semanario *Más*, donde también colabora con asiduidad, ya fuera en su extinta edición impresa (la pandemia y la crisis del papel acabaron con ella) o en su actual edición digital.

En estos artículos exhibe Anabitarte una mirada que siempre está puesta en los desamparados, en los

desarraigados, en la clase trabajadora, en las personas más humildes, en aquellas que habían venido buscando un hueco en el que sobrevivir y tan solo recibían, cuanto menos, miradas de condescendencia. Tal vez tienen aquí sus textos un aire a los *aguafuertes* del periodista y escritor argentino Roberto Arlt (Buenos Aires, 1900-1942), que en sus artículos y también en sus obras literarias señaló con el dedo la desigualdad o la opresión. «La desigualdad, siempre presente», advierte Héctor en alguno de los textos recogidos aquí, apuntando también a «la fragilidad del ser humano», que en la mayoría de las veces se considera infalible.

La lectura de estos artículos nos permite también comprobar la velocidad a que discurre la actualidad y nos invita a pararnos, por ejemplo, en algunas de las barbaridades cometidas por la extrema derecha allá donde gobierna y de las que saltamos a otro tema sin solución de continuidad, arrastrados por la corriente informativa. ¿Nadie se acuerda de los campos de concentración promovidos en Albania por la primera ministra italiana, Giorgia Meloni, con la intención de encerrar allí a las personas migrantes que llegan a la costa de Lampedusa huyendo de la miseria? Ya está Héctor para recordarlo, tal y como hace con la crisis climática, omnipresente en sus textos.

Apunta Anabitarte, también certero, a problemas estructurales como el de la vivienda, al que compara con esas «danas invisibles» que «barren con todas las ilusiones» de mucha gente en España: «Dos Españas, una que puede y otra que no. Una que compra edificios enteros y gente que queda en la calle, en la miseria».

Hay también un buen puñado de reflexiones que dejan entrever la fina ironía que maneja Héctor Anabitarte a la hora de expresar sus opiniones, bien sobre el papel, bien en conversaciones regadas de café o de un *blanco parís*. Anabitarte hace gala de un humor más que inteligente y es capaz de esbozar retratos humanos y de plantear situaciones con una pátina de socarronería que traen aires de Julio Camba (Villanueva de Arosa, 1884-1962). Así, cuando el bueno de Héctor habla de la soledad que sufren las personas mayores, los viejos, al fin y al cabo, no duda en referirse a ellos como los «miles de estropeados por el uso». Brilla en este manojo de artículos uno de tantos dedicados al cambio climático, en este caso a la emisión de gases invernadero que provienen de las macrogranjas de ganado bovino y que Anabitarte titula 'Los pedos de las vacas, a debate': «Hace miles de años fueron domesticadas, de por sí bastante mansas; aunque no faltan las rebeldes, hartas de que les tiren de las tetas». Para referirse también al cambio climático y a los tres millones de votantes de ultraderecha en España, tira también de ironía: «el suicidio siempre es una posibilidad». Y es que hay una España carpetovetónica que sigue pensando que es este país «la Reserva Espiritual de Occidente».

En el texto mencionado unos párrafos más arriba, la que fuera su compañera en el *Diario de Barcelona* y en *La Voz de Euskadi,* Mari Ángeles Arregui, señala que, en ambos diarios, Héctor fue el redactor jefe de Internacional. No es de extrañar, viendo al amplio conocimiento sobre geopolítica y también sobre historia en los distintos artículos que se recogen en este

volumen. El genocidio en la Alemania nazi, el papel de la Iglesia y el de las Naciones Unidas, el origen del orgullo gay en el Stonewall de Nueva York o la historia de la lucha obrera por la reducción de la jornada laboral son hoy temas de mucha actualidad. Basta solo encender el televisor para descubrir otro genocidio, el de Gaza en este caso, las políticas del ultraderechista Viktor Orbán en Hungría o la próxima reducción de la jornada laboral en España.

No sé si Héctor habrá visto alguna vez un partido de fútbol completo, pero también se atreve a escribir sobre el deporte rey: lo hace para alertar el racismo que se sigue exhibiendo de forma grosera e impune en los estadios o para denunciar las condiciones laborales bajo las que se habían construido los estadios del Campeonato del Mundo de Qatar en 2022. No duda en señalar la cobardía de las selecciones ante la dictadura qatarí que persigue a los homosexuales e impide a las mujeres acudir a los estadios. Por cierto, que aquel mundial lo terminó ganando la Argentina de Leo Messi.

En todo caso, conviene destacar de nuevo la militancia de un hombre sabio, que advierte también a la juventud que parece indolente ante los vaivenes políticos a que se enfrenta la sociedad de hoy: «Costó mucho llegar aquí —indica Anabitarte en uno de sus artículos sobre la celebración del Orgullo LGTBI— y hay que defender cada centímetro de derechos» adquiridos hasta ahora.

Héctor Anabitarte tiene 85 años. Hace ya algunos años, escribía a Modarelli para responderle a una pregunta sobre la vejez y la homosexualidad, que

fue publicada en un reportaje de *Página/12* y que recoge en el prólogo de la reedición de 'Estrechamente vigilados por la locura': «A los setenta años, querido Alejandro, si uno tiene controlada la envidia, los celos y, más o menos, hay salud, la vejez puede ser una etapa agradable. Y es el momento de ejercer la generosidad con lo acumulado. Algunos ancianos se quejan de que están solos y cuando muere alguien de su edad dicen como un amigo mío: 'Se van los mejores y no hay relevo'. No hay que caer en la negación del presente, porque uno queda entonces en una dimensión paralela. La amistad, la relación con el entorno, es algo que hay que cultivar desde joven. Participo en asociaciones de ayuda a los inmigrantes, en política. Además, la soledad es imposible, uno está acompañado por tanta gente que murió… Me preguntas por la muerte, uno de los tabúes de nuestra cultura. Si se ensaya aceptarla —nada fácil— y te dedicas a preparar las valijas que no irán a ninguna parte, y se aprende con disimulo a despedirse de personas, de cosas y paisajes, puede ser algo gratificante. Si me enamoro de un tunecino de 25 o 40 años, deseo todo lo mejor para él, sabiendo con serenidad que no debe proyectarme. Ahora que lo pienso, ¡qué sensación de libertad!». Puro Anabitarte.

JESÚS VALBUENA BLANCO
Periodista y escritor

2020

Los menores no son propiedad de nadie

Los menores no son propiedad de nadie. Vox no deja de sorprender, logra que la política de repente gire en torno a un asunto en donde predominaba el consenso, y consigue además que el principal partido de la oposición le apoye. Su líder Casado no duda en decir públicamente: «Mis hijos son míos y no va a venir un burócrata, un socialista o un comunista a decirme cómo educarlos». Ni un burócrata, ni un socialista, ni un comunista, pero sí la ley.

Las niñas y los niños tienen derecho a conocer en qué sociedad viven, en qué mundo viven, y eso se expresa claramente en la Declaración Universal de los Derechos del Niño, aprobada en noviembre de 1959 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, coincidiendo con la Declaración de Ginebra de 1924. No hay denuncias de padres y madres por actividades escolares que son legales y obligatorias. Independientemente de la ideología o religión de los tutores (los padres son lo que son y con una serie de responsabilidades), los menores tienen derecho a recibir información sobre la igualdad entre mujeres y hombres; que existen diversas tendencias sexuales; que el racismo o la homofobia atentan contra la convivencia y la democracia. Que el planeta no es plano, que las vacunas son muy útiles y contribuyen a

fortalecer la salud pública, evitando muchas muertes, que la vigencia de los derechos humanos no se debe permitir que sea cuestionada.

En el Imperio Romano, hijos y esposas eran propiedad del jefe de la familia patriarcal, y tenía derecho a rechazar a los recién nacidos. Muchos siglos tuvieron que pasar, y muchos esfuerzos, para gozar hoy, y no en todo el mundo, que los menores sean libres. Hasta el Papa Francisco dice que los menores no son propiedad de sus padres, pero la extrema derecha y la derecha cada vez se parecen más, enarbolan el llamado pin parental[1] para amordazar la educación, sabiendo la importancia que tiene. El sistema educativo español es riguroso: sus docentes, los consejos escolares, las asociaciones de padres y madres, las inspecciones, son una garantía. No se dan cursos de zoofilia, no se promociona la pederastia. Los partidarios del pin parental no han podido decir en qué centros escolares suceden estas barbaridades y tampoco explican la razón por la cual no han denunciado estos hechos ante la justicia. Siguen recurriendo a la posverdad. De eso saben mucho y podrían organizar un máster.

En la educación sí hay un problema: la falta de recursos.

1 En 2020, el partido de ultraderecha Vox incluyó el pin parental en el debate político en España, intentando incluirlo en el sistema educativo de Murcia y Andalucía, las primeras comunidades autónomas en las que Vox fue soporte de los gobiernos del PP.

Eutanasia, un nuevo derecho

La mayoría del Congreso aprobó tramitar la Ley de Eutanasia impulsada por el Grupo Parlamentario Socialista. 201 diputadas y diputados votaron a favor, 140 en contra (PP y Vox), y dos abstenciones. Diversas encuestas indican que entre el 60 % y el 80 % de la población apoya esta iniciativa. Las derechas se oponen recurriendo a una argumentación absurda: que el Estado se convertirá en una máquina de matar, y que lo que se pretende es ahorrar recursos al sistema en el coste de la atención a mayores y enfermos crónicos. Su alternativa es generalizar los cuidados paliativos, algo que está vigente, ocultando que estos cuidados y la ayuda para morir sin dolor son dos recursos diferentes.

España se convertirá en un país pionero, como lo fue al impulsar la ley en Defensa de las Mujeres y el matrimonio entre personas del mismo sexo. Un nuevo derecho que podrán utilizar personas con enfermedades graves, irreversibles o invalidantes que producen un sufrimiento no soportable que atentan contra la integridad física, la dignidad y la intimidad. La decisión será tomada por la persona afectada de forma libre e informada, con la participación de médicos, atendiendo cada caso través de un protocolo riguroso. Este derecho se concreta después de muchas dificultades y mucha lucha contra la sinrazón y la ab-

soluta falta de empatía con el sufrimiento del prójimo. En su momento —finales del siglo XIX—, hasta la misma anestesia fue cuestionada, con el argumento de que 'hijos del pecado' como somos, el sufrimiento debíamos padecerlo con resignación cristiana, judía y musulmana. Hace quince años una denuncia anónima acusaba al doctor Luís Montes[2] y su equipo en el Hospital Severo Ochoa de haber practicado 400 intervenciones ilegales precipitando la defunción de los pacientes. La Comunidad de Madrid, gobernada por el PP, aprovechó la oportunidad sancionando a 15 profesionales del Hospital. Se produjo una gran movilización social, especialmente de las asociaciones que luchan por una muerte digna en defensa de estos profesionales. Finalmente la Justicia determinó que eran inocentes. Este episodio evidencia lo que piensan las derechas. En 1986 la ley de Sanidad reconoció el derecho del enfermo a negarse a recibir tratamientos que prolonguen de forma cruel e innecesaria la existencia; en 1995 se disminuyeron las penas por suicidio asistido y eutanasia.

2 El doctor Luis Montes Mieza (1949-2018) fue el coordinador del Servicio de Urgencias del Hospital Severo Ochoa de Leganés (Madrid). En plena estrategia privatizadora, el gobierno del PP en la Comunidad de Madrid emprendió una campaña política y judicial contra Montes, denunciándole por aplicar sedaciones en pacientes terminales. En 2008, la Audiencia Provincial de Madrid archivó la causa. El actual jefe de gabinete de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Miguel Ángel Rodríguez, tildó de «nazi» al doctor Montes. Rodríguez fue condenado por injurias y calumnias.

Albert Camus escribió que «lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir». Es obvio que ocurrirá lo mismo que sucedió con el divorcio —que se lo digan a Cascos o a Rato, por nombrar solo dos de los 'antidivorcistas' del PP, que se apresuraron a 'descasarse' sin ninguna contradicción ideológica o moral— o con la interrupción voluntaria del embarazo, o con el matrimonio entre personas del mismo sexo —que se lo pregunten a Maroto, también del PP, celebrando boda legal por todo lo alto en Vitoria a la que asistió la plana mayor de su partido encabezada por el entonces presidente del Gobierno, Mariano Rajoy. Estos derechos no son de obligado cumplimiento, porque nadie es obligado a ejercerlos.